

calera que va a la habitacion en que se hallaba Su Alteza. Detúveme un momento á contemplarles, y al verlo, sin decir palabra, dirigieron sobre mí una mirada espantosa. Apresuráme entonces á incorporarme con M. B., suplicándole me explicara quiénes eran aquellos dos sugetos. Son los verdugos, me dijo, que aguardan se les llame. En otro tiempo se les pedia con frecuencia; pero ahora Mehemet-Alí, mas circunspecto y menos ansioso de venganza, les deja mas tranquilos despues de la carnicería de los mamelucos, con la que ha horrosamente marcado los primeros años de su poder.

Cabahmente estábamos sobre el teatro mismo en que se ejecutó esta espantosa matanza: M. B. me enseñó los lugares, describiéndome las escenas mas deplorables y sangrientas. Por mas que no me fueran enteramente desconocidas, no me fué posible oírle sin temblar de horror. Hace estremecer el pensamiento de lo que presagia tanta crueldad y perfidia si viniera á vacilar en algun tiempo el poder del que no se ha avergonzado de mancharse con tanta sangre.

Es imposible que mis lectores no tengan conocimiento de un hecho tan atroz, que ha resonado de uno al otro extremo de la Europa; pero quizás ignorarán sus pormenores. Si se quiere tener una idea exacta del héroe musulman cuyo carácter han tomado por su cuenta exaltar algunos escritores, y aplaudir su gobierno, léase lo que cuidadosamente ha procurado recoger el escritor imparcial Mr. Mangin, que copio á continuacion.

“Tussun-Bajá, hijo de Mehemet-Alí, partiendo para la expedicion de la Arabia, debia recibir de su padre el ropon de investidura, y atravesar la ciudad con gran pompa el viernes inmediato, para trasladarse al campo por la puerta de las Victorias; porque los astrólogos habian elegido este dia como dia de presagio feliz.

“Tanto las autoridades civiles y militares como los principales del pais fueron informados del momento de la ceremonia; publicóse igualmente por toda la ciudad para conocimiento de sus habitantes, y para advertirlo á las tropas. La víspera por la tarde, se invitó con particularidad á los gefes de los mamelucos á presentarse de grande uniforme.

“Todos subieron tempranito á la ciudadela el 1º de Marzo de 1811: Cháyn-Bey se presentó al frente de los de su casa, y con los otros beyes vino á presentar sus homenajes al virey que les aguardaba en la grande sala del recibimiento; mandóles servir café y conversó con ellos. Reunida toda la comitiva, se dió señal de salir, tomando cada uno el lugar que le habia señalado el maestro de ceremonias. Abria la marcha un cuerpo de dehlys mandado por Uzun-Aly: seguia inmediatamente el agá de los genízaros con el de los mantenimientos, los odjaglys y yoldaches; despues Saleh-Koch con los albaneses, y en seguida los mamelucos al mando de Soliman-Bey-el-Bauáb: la infantería y caballería seguian con los gefes de la administracion.

“Se dió órden á la columna de dirigirse hácia la puerta de El-Azab, que da á la plaza de Rumeyleh. Todo su camino está cortado en la roca, estrecho, difícil y escarpado; los ángulos salientes impiden en ciertos puntos el paso de dos caballeros á la par. Luego que hubieron salido los dehlys, y agás, Saleh-Koeh mandó cerrar la puerta, ordenando á sus soldados el exterminio de todos los mamelucos. Los albaneses retrocedieron al momento subiéndose á lo mas alto de las rocas que dominan el camino para ponerse á cubierto de sus contrarios y dar el golpe con mas seguridad, haciéndoles fuego.

“Al oír las últimas tropas los tiros de fusil, dispararon tambien los suyos desde los muros donde se habian situado. Los mamelucos que habian llegado á la primera puerta, proyectaron tomar otro camino para regresar á la ciuda-

“dela; pero como no pudieran manejar sus caballos á causa de la posicion difícil en que se encontraban, y viendo que muchos de los suyos habian caido muertos ó heridos, se apearon, abandonando sus caballos y quitándose los vestidos superiores. En situacion tan desesperada volvieron atras sable en mano; pero nadie se les ponía delante: sin embargo, se les fusilaba desde el interior de las casas. Frente la puerta de Saladino cayó cribado de balas Cháyn-Bey. Soliman-Bey-el-Bauáb casi desnudo, corre azorado á implorar la proteccion del serrallo del virey.<sup>1</sup> Mas fué en vano, porque habiéndosele presentado á palacio, el príncipe mandó que se le cortara la cabeza. Otros fueron á ponerse bajo el amparo de Tussun-Bajá, que no tomó parte ninguna en lo que sucedia.

“Desde luego recibieron órden las tropas de detener á todo mameluco, y á los que se cogia eran presentados á Kiaya-Bey, y al momento decapitados. Muchos que ninguna parte tenian en la escena, perecieron á pesar de su inocencia; tan insaciable era la sed de sangre que tenia el soldado.

“El cadáver de Cháyn-Bey fué arrastrado con una cuerda al cuello de unas partes á otras. La ciudadela parecia á un circo ensangrentado: los cadáveres mutilados obstruian el paso; por todas partes se veian caballos ricamente enjaezados muertos al lado de sus amos, says<sup>2</sup> ó sean palafreneros traspasados de balas, con las armas rotas y los vestidos ensangrentados. Todos los despojos sirvieron de presa á los soldados. Contábanse por la mañana cuatrocientos sesenta y seis mamelucos montados, y todos fueron víctimas, sin que ni uno solo se escapara.

“Abyn Bey no participó de la desgracia de sus cólegas. Deseaba asistir á la ceremonia, pero no pudiendo dejar su casa por causa de algun negocio urgente, no llegó á la ciudadela hasta el punto en que los dehlys empezaban á salir por la puerta de El-Azab. El paso de esta tropa le impidió la entrada, y aguardaba que hubiese salido; pero viendo que despues de ellos cerraban la puerta, y oido desde luego los disparos de fusil, dió al galope, y con su comitiva se salvó en Bacatin, y de allí á la Siria bajo la proteccion de un chaique de árabes de la provincia de Char-Kych.

“Apenas el acompañamiento habia empezado á desfilar, cuando Mehemet-Alí se manifestó inquieto, descubriendo sus movimientos la agitacion de su espíritu, que redobló al oír la primera descarga, de modo que cubrió su rostro la palidez: temia seguramente que sus órdenes no se habian ejecutado puntualmente, y que no empeñara un combate capaz de comprometer la salvacion de los suyos, y aun su propia existencia. Cesó su inquietud á la vista de los prisioneros y de las cabezas; pero no fué bastante para reponer la serenidad de su cara, ni aplacar el remordimiento interior que le desgarraba el corazon. Poco despues entró á su habitacion el genovés Mendrici, otro de sus médicos, y acercándosele, le dijo con aire alegre: El negocio está concluido; este es un dia de regocijo para Vuestra Alteza. Nada respondió el príncipe, pero su silencio reunia toda la expresion. Pidó que se le diera de beber.

“Aguardábase entre tanto en la ciudad el paso del acompañamiento, y reunidos todos los habitantes por las calles del paso venian á tomar parte en la so-

<sup>1</sup> Entre los mamelucos, cuando alguno á quien se persiguiera, pudiese llegar á la puerta que va á la habitacion de las mugeres, y gritase: *Fyad-el-Harym* (bajo la proteccion de las mugeres), se le perdonaba.

<sup>2</sup> Says, palafreneros. Estos son unos criados que corren delante de sus amos con un grande palo en la mano, y siguiendo la direccion de este, á quien jamas abandonan, ni aun en los grandes peligros.

“lemnidad anunciada: la muchedumbre cubria el frente de las tiendas. Después de mucha espera parecieron los dehlys, agás y su comitiva. Un mortal silencio, precursor de los aciagos acontecimientos que iban luego á saberse, sobrevino al paso de esta tropa. Un poco después pasaron corriendo por intervalos palafreneros despavoridos sin abrir la boca. Mil conjeturas se hacían sobre esta huida precipitada, cuando se percibió un sordo rumor, y luego una voz que decía: Cháyn-Bey es asesinado. Al momento se cerraron todas las tiendas, y cada uno procuró meterse en su casa; las calles quedaron desiertas, y no se vieron mas que bandadas de soldados que á la desbandada forzaban las casas de los proscritos para repartirse los despojos. Estos furibundos cometieron cosas las mas horrorosas; insultaron las mugeres, y las arrancaron hasta los vestidos con que se cubrían. Un soldado para arrebatarse mas pronto el brazaete á una de estas infortunadas, le cortó el puño. La matanza y saqueo continuaron por muchos días, arrebatando cuanto se encontraba no solo en las casas de los proscritos, sino tambien en las que les estaban contiguas. La ciudad entera parecia una plaza tomada por asalto: ninguno de sus habitantes se veía por las calles, aguardando en su habitacion la suerte que le deparase el destino.”

Nada he dicho todavía del gran número de mezquitas del Cairo. Dentro de la ciudad se contarán sobre cuatrocientas, y entre ellas las hay de una elegancia y hermosura notables; pero casi todas en estado ruinoso. Las cúpulas y minaretes les dan un aspecto tan noble como gracioso. Las de mayor consideracion y magnificencia se remontan al siglo nono y aun mas allá. Con particularidad se distinguen la de El-Azbar, la de El-Hakem, y mas todavía las de Hassam y Thulum que exceden á las otras en grandeza, en la regularidad de su arquitectura, y en la delicadeza en sus adornos. La última, que se la compara á lo mejor que en esta especie se ve en Constantinopla, se está arruinando, sin que al parecer se piense en repararla. Deseando ver el interior de algunas, la semana pasada visité tres con Mr. de Prokech y cinco ó seis extranjeros; nos acompañaban los *carvas*<sup>1</sup> del gobierno. No es fácil á un extranjero introducirse en una mezquita, principalmente en horas de devocion. Para presentarse á ellas es necesario el traje turco, y entrar descalzos, á lo que nos debimos conformar. Encargáronnos los *carvas* que guardásemos el mas profundo silencio, para que no nos comprometiera el lenguaje y ocasionara algun conflicto. Por dos veces nuestro disfraz y precauciones nos salieron á pedir de boca, teniendo el tiempo suficiente no solo de admirar los pórticos, arcos, columnas, galerías y esculturas, sino tambien de observar los movimientos y actitud de cuantos asistían á sus devociones. No vimos altar, ni estatuas, ni pinturas, ni ninguno de cuantos signos religiosos se recuerdan en las iglesias cristianas. Mahoma lo prohíbe del modo mas terminante. Los hombres ocupaban la parte baja, y las mugeres las galerías estando de rodillas sobre una alfombra: algunos se sentaban sobre los talones, volviendo á la vez la cabeza á la izquierda ó á la derecha, y esto, se me dijo, para *saludar al Profeta*. El Iman decía la oracion, que repetía casi palabra por palabra el pueblo haciendo al mismo tiempo inclinaciones y genuflexiones en el número que está designado para cada ejercicio.

Hallábase reunido un inmenso número de *creyentes* en la última y mas considerable que visitamos. Apenas habíamos entrado cuando se aturdieron nuestros conductores al ver que habíamos llamado la atencion universal, estrechándonos

<sup>1</sup> Los *carvas* son unos turcos que actualmente reemplazan los genízaros. Cada cónsul tiene muchos. Mahoma, á quien constantemente he designado con el nombre de *genízaro*, es *carva*.

con premura á retirarnos; cedimos á sus instancias, menos por lo que nos pudiera suceder, que por no exponerles á algun peligro que ellos pudieran temerse.

No se deduzca por lo dicho que el fanatismo musulman sea en la actualidad lo que fué algunos siglos atras, y lo que quisiera que fuese el Alcoran,<sup>1</sup> porque seria un error. El fanatismo no persevera en un punto tan elevado sino entre los ardientes devotos del islamismo, cuyo número rebaja diariamente, y en la última clase del pueblo. Las relaciones europeas con el Egipto, que cada día se hacen mas frecuentes, van continuamente disminuyendo su violencia, pudiendo añadir, si se me permite un juego de palabras, que el creciente va menguando. La ley religiosa de Mahoma, de que se hicieron apologistas los sofistas del siglo XVIII, que los furibundos revolucionarios de Francia encarrieron sobre el cristianismo, y que algun viagero moderno no se avergüenza de declararla *razonable*, ni trae consigo principio, ni carácter alguno de duracion. No pudo establecerse de otra manera que con la espada, que prestó su fuerza á la impostura; y no pudo conservarse sino por la opresion, y muy particularmente por medio de la ignorancia á que son condenados todos sus sectarios. Disipándose, pues, esta ignorancia, aunque con lentitud, cada día será mas imposible que los entendimientos vuelvan á estas creencias. Mientras fué religiosamente observada la prohibicion del estudio de las letras y de la filosofía, debió ser formidable el islamismo. Ahora la filosofía y las letras se insinúan por todas partes en el Oriente, manifestándose ya inequívocas señales, que son como precursores de una revolucion moral que va á cambiar todo su aspecto. De menos de cien años á esta parte los musulmanes, príncipes y pueblo miraban con horror la imprenta, proscribian nuestros libros por el temor de que algunos comunicasen nuestras ideas é hicieran bambolear la fé al Profeta. Pero actualmente nuestros libros y gacetas penetran aquí, circulan; y son muchísimos los que las leen. Con la actividad del movimiento intelectual que agita y arrastra tras de sí las naciones; con esta universal ambicion, esta hidrópica sed del oro que atormenta los hombres; con esta continua sucesion de empresas y especulaciones comerciales, cuya importancia y extension ocasionan incesantes comunicaciones, multiplicándolas al infinito; ¿cómo seria posible impedir la correspondencia de ideas, esta accion de los libros, cuya influencia se hace sentir sobre las creencias religiosas, aun cuando versen en materias que no las pertenezcan? Cuando en el mahometismo, dejando aparte lo absurdo de algunos de sus dogmas los mas funestos, no abrigase esta vergonzosa moral, corruptora de corazones, que como mil veces se ha notado, supone siempre que un hombre y una muger no pueden verse ni encontrarse sin pensar inmediatamente en el crimen; cuando en esta moral no hubiera mas que la poligamia, la cautividad de las mugeres, el derecho de encerrarlas, de repudiarlas por el pretexto mas mínimo ó sin él; el derecho de hacer eunucos, el de condenar los vencidos á la esclavitud, ya sean hombres, mugeres ó niños; el derecho de usar ó abusar de ellos como de bestias de carga, ó instrumentos de injuria; cuando, en fin, esta moral no proclamase mas que el despotismo del príncipe, estableciéndole y haciéndole dueño absoluto de bienes, libertad y vida de sus súbditos; despotismo que con sus espantosas consecuencias emana del Alcoran, segun la confesion de Volney, como efecto natural é inevitable: ¿un tal estado, semejantes doctrinas, ó por hablar con mas precision, semejante barbarie puede subsis-

<sup>1</sup> Se lee en el Alcoran: “Combatid contra los infieles, hasta quedar exterminada toda falsa religion. Matadles, no les compadezcáis, y cuando les habeis debilitado á fuerza de matarles, reducid el resto á la esclavitud, y arruinadles con contribuciones.”—Véanse los capitulos 8, 9 y 47,

tir mucho tiempo faltando las condiciones que le habian sostenido? ¿Puede luchar mucho tiempo contra los elementos de ruina que se han introducido y desarrollado en su seno, y que obran con tanta mayor eficacia, cuanto el resultado que deben producir está mas bien en las disposiciones de la Providencia, que en las combinaciones y voluntad de los hombres?

Los padres Franciscos han celebrado la fiesta del Corpus con toda la pompa que es posible hacer esta funcion augusta en un pais infiel. La solemne procesion se ha hecho por el interior del convento, donde estaba preparada una estacion, adornada con elegante simplicidad. Asistieron muchos católicos marchando despues del clero con extraordinario recogimiento. Despues de la última bendicion con la que creia terminaria el oficio, he sido agradablemente sorprendido al oír entonar *Domine, salvum fac imperatorem*. Este es el tributo de reconocimiento con que los padres con todo su afecto corresponden á nuestro monarca, bajo cuya proteccion se halla el monasterio. Tuve la mayor complacencia al unir mis votos á los de aquellos religiosos conjurando al Señor que nos oýese al invocarle en favor del mejor de los príncipes.

### NOTA AL CAPITULO XXXIII.

#### § I.

#### *Tebaida y monasterio de San Antonio.*

El 25 de Mayo de 1716 salimos del Cairo. . . . El 28 al medio dia, llegamos al monasterio de San Antonio. . . . Su vista, con la de cuanto tiene á sus alrededores, presenta objetos espantosos y de horror.

Divísanse muchas cavernas esparcidas por las montañas de Colzim, Keleil y Askan formadas por los hombres: apenas penetran en ellas los rayos del sol. Una prolongada llanura, tan estéril como desierta, ocupa el espacio que media entre las elevadas montañas. En ella, y al arranque del monte Colzim, á la vista del mar Rojo, y entre los de la Arabia Petrea, está situado el monasterio de San Antonio Abad.

Al reconocer detenidamente estas lóbregas cavernas, se me imaginaba que salían de ellas los Antonios, los Pablos, los Hilariones, Pafnucios, Amomnes y demas famosos padres del desierto, voluntariamente condenados á una vida laboriosa y penitente, para conquistar el reino de los cielos.

Los sucesores que encontramos eran coptos cismáticos, habitantes del monasterio de San Antonio.

Al presentarnos allí para entrar, fuimos advertidos por los guías, que no habia puerta alguna. En efecto, esta es una precaucion necesaria para evitar las sorpresas y saqueos de los árabes, que todo lo arrebatan aprovechando los descuidos. De igual cautela se valen los monasterios del monte Sinaí y de San Monnas, del cual fué prelado San Pithirion, segun la historia de Rufino.

Los camelleros, prácticos en lo que debia hacerse, tomaron piedras y á puro

de tirarlas al huerto, y de gritar, se hicieron oír, cuando al momento asomó sobre una cerca muy elevada uno de los monges.

Con gestos y ademanes nos dió á entender que nos felicitaba la llegada, enviándonos de contado un jarro de agua, sabiendo que los peregrinos necesitan este refrigerio por la violenta sed que traen. Aprovechamos este acto de caridad que nos vino muy á propósito. Bajaron inmediatamente un ceston amarrado á una cuerda, donde nos colocaron nuestros camelleros, y los monges izaron desde lo mas elevado de la cerca, hasta una alta ventana por la que entramos al convento.

El prelado vino á visitarnos tan luego como lo supo. . . . Despues de los ordinarios cumplidos, fuimos á la iglesia con el mismo prelado y otros religiosos, para pasar un rato en oracion. Alojáronnos en un aposento tan limpio como pobre, donde los monges extendieron al suelo y sobre unas esteras un grande mantel de cuero con cinco ó seis platos de un mismo guiso, que consistia en una pasta con agua y aceite de sesamo, y unas cucharadas de miel por encima. Nos invitó el prelado á ponernos á la mesa, es decir, agruparnos al rededor del mantel con las piernas cruzadas al estilo del pais. Pudo tan solamente obligarnos á comer la necesidad de tomar alimento. A cada uno nos sirvieron dos tazas de vino y café, ambas por distincion y magnificencia.

Fuimos á visitar todo el monasterio despues de haber descansado, y es como sigue:

En medio de un gran patio se hallan dos capillas, que llaman iglesias, las cuales no tendrán mas de veinte pasos de largo con poco menos anchura. Consiste todo su mérito en la antigüedad; porque su trabajo es toscó, y la luz escasa. Las paredes cargadas de pinturas y extremadamente ahumadas por el mucho incienso que se quema durante los oficios. La una está dedicada á los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, y la otra á San Antonio.

A la vista de esta iglesia y de lo que nos recuerda la tradicion con respecto á estos solitarios, debe decirse con cierta emocion: "Aquí ha orado San Antonio; aquí San Macario, sucesor de Antonio, hacia fervorosas oraciones; aquí oraba Postumio que vino despues de San Macario, y fué padre de cinco mil solitarios."

Comunicanse ambas iglesias por un corredor estrecho que tiene un pequeño campanario con una campana de pié y medio de diámetro. Los turcos no las permiten en los poblados, pero las disimulan en los desiertos.

Inmediato á estas iglesias se levanta una torre cuadrada, cuya puerta se halla á la elevacion de unas tres toesas. Es una especie de fortificacion y punto de seguridad donde los monges custodian sus libros con lo mas precioso de cuanto poseen, á causa del continuo susto en que viven de ser escaladas sus cercas, y de ser robados por los mahometanos, como ha sucedido distintas veces. Así es que en ella tienen una pequeña capilla para encerrar los vasos sagrados, y hacer sus devociones en caso de irrupcion, ó recelo de ella. Entrase á la torre por un puente levadizo apoyado en un terraplen inmediato. Las he visto iguales en los monasterios del desierto de Nitria.

Los religiosos tienen las celdas en el patio con bastante irregularidad: serán como unas treinta, separadas por medio de calles estrechas. El refectorio, horno y pozo, del que se saca continuamente agua por medio de una caballería, así como todas las demas oficinas domésticas, tienen su callejoncito particular, de modo que el todo ofrece el aspecto de una pequeña poblacion situada en medio de un gran desierto. El silencio que allí se guarda es bastante regular, tanto de dia como de noche.